

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

¿QUIÉN NO NECESITA SER PERDONADO?

LA Semana Santa es fruto de muchos siglos de fe y de piedad de todo el Pueblo de Dios. De un lado está la liturgia de los Oficios del Triduo Pascual; de otro, las manifestaciones tan variadas de la religiosidad popular, que particularmente en los pueblos latinos, y de modo especial en España, alcanzan niveles muy altos.

Lo que la Iglesia trata de lograr desde que comienza la Cuaresma es una actitud de conversión interior del hombre para que, fortalecido con el ejemplo y la palabra de Cristo Redentor, y con las vivencias sacramentales y ascéticas que se le ofrecen, camine hacia la Pascua, acompañando a Cristo muerto y resucitado.

En las comunidades cristianas de los primeros tiempos se vivía muy hondamente la necesidad de la conversión a Dios, de la purificación de las conciencias, del arrepentimiento y la repulsa del pecado, del perdón necesario para vivir la paz y establecer lazos de fraternidad entre los hombres, fueran o no cristianos. En la medida en que esto se iba consiguiendo, surgían grupos de hombres y mujeres creyentes que hacían exclamar a los paganos: «Mirad cómo se aman.» Así, la fraternidad se cimentaba no ya sobre lo que pudiera ofrecer un nuevo sentimiento de humanidad -los «humaniores nomines» de Cicerón-, sino sobre el amor de un Dios que se había hecho amigo, hermano y redentor de todos. Desde siempre, en todas las épocas históricas, en todas las culturas, el hombre ha sentido y siente el anhelo de liberarse de sus miserias, de ser puro, de desprenderse de tantas adherencias feas y sucias que oscurecen su existencia. Es como un vago deseo de retorno al paraíso perdido.

Según progresaba lo que San Ignacio de Loyola llamaría siglos después, el conocimiento interno de Cristo, los cristianos, en las Iglesias de oriente y del occidente europeo y en el norte de África fueron adoptando una actitud muy original y característica respecto al pecado. Me refiero no solamente a la confianza en el perdón que se obtendría acercándose a Cristo y haciendo lo que la Iglesia en su nombre decía que se hiciera, sino a algo más hondo aún que la confianza: me refiero al gozo y al placer espiritual de saberse perdonado por Él, por Jesús el Salvador. Esto es lo que hacía exclamar a Lope de Vega en el soneto inmortal, «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras, qué interés se te sigue, Jesús mío, que a mis puertas, cubierto de rocío, pasas las noches del invierno oscuras?»

El gran poeta español se afligía en estos versos por su debilidad y sus reiteradas caídas a pesar de tantas promesas. Pero a la vez, cuánta ternura de amor a Jesucristo y cómo se perciben los latidos de su deseo de rendirse del todo a la suavísima amistad con Jesús que tan pacientemente le esperaba y le buscaba!

El cristianismo es la religión de la oveja perdida, sí, pero para que esto sea algo más que una imagen literaria, hay que afirmar a la vez que es también la religión del Buen Pastor, y es un deleite inefable del alma pedirle perdón a Él, y por medio de Él, a Dios nuestro Padre, que está en los cielos.

Sucede con el hombre caído y redimido lo mismo que sucedió con el pueblo de Israel en la Antigua Alianza. A cada paso protestando y quejándose de la vida, de su travesía del desierto, y entregándose a la

adoración de nuevos ídolos, y Dios, escuchando paciente a Moisés, que intercede y facilitando los caminos para el nuevo encuentro con su pueblo elegido. Que era no sólo anticipo del nuevo Israel, la Iglesia universal, sino de cada hombre, de cada mujer, en cuyo corazón, junto a la conciencia de haber pecado, surgirá, cuando menos se piensa, el deseo de ser perdonado.

Porque no basta el perdón que unos a otros hds concedemos por las ofensas que mutuamente nos hemos inferido. Esta reconciliación de unos con otros es, desde luego, una fuente de satisfacción y de alegría y una aportación, frecuentemente invisible, pero real, a la paz social, que se alimenta de tantos y tantos esfuerzos individuales y personalizados de los que todo ser humano es protagonista. Mas no es suficiente. Están los pecados ocultos, los que sólo Dios conoce y de los que el hombre desea verse libre porque sabe que, a pesar de las alabanzas que quizá se le tributan por unos y por otros, sobre él también recae con muy dolorosa aplicación, la sentencia de Jesús: «El que esté limpio de pecado que tire la primera piedra.»

«No conozco el corazón de un malvado -escribió de Maistre-; conozco el de un hombre de bien, y es espantoso.» Son las zonas oscuras de la vida en las que hemos impedido que entre el rayo de luz que podía iluminarlas. Y aun cuando en nuestros juicios y conversaciones encontremos mil argumentos para atenuar nuestra responsabilidad y malicia, llegan siempre horas en que es inútil tratar de evadirse. La sombra está ahí y nos hace sufrir por la oscuridad en que nos envuelve. El interior nos acusa, aunque externamente todos nos alaben. «Del corazón -dice Jesús en el Evangelio- proceden los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias. Esto es lo que contamina al hombre; comer sin lavarse las manos, no.» (Mt. 15, 19-20).

De ese mismo corazón entristecido de un hombre o de una mujer pecadores brotan las preguntas que se hacen a sí mismos sobre el sentido de su vida cuando sienten el desconsuelo de su propia vaciedad y aun el dolor de verse tan manchados interiormente y tan pobres. Entonces, si han seguido siendo cristianos, puede producirse la vuelta hacia Dios y a poco que sientan el aguijón del remordimiento, su mirada puede encontrarse con la del que un día habló del hijo pródigo. Es el momento de la «originalidad» del proceso cristiano de la conversión: ej del gozo de saberse acogidos por un Dios de infinita misericordia, tal como se manifiesta en Cristo. Ya no sólo hay confianza, sino una alegría que no es de este mundo, una alegría de que el Hijo de Dios esté y se muestre tan cerca de nosotros, pecadores, siendo Él tan infinitamente santo y puro.

Esto sucede con todos, no solamente con aquellos que han vivido más o menos tiempo sumergidos en el olvido de Dios y el desprecio de su ley divina, fabricantes de sus propios ídolos, sino también con los de vidas vulgares, carentes de todo dramatismo, pero igualmente egoístas en cuyas almas hicieron su nido torpes ambiciones, envidias, odios secretos, juicios orgullosos y necios sobre los demás, sucia codicia de dinero o de poder que se olvida de los pobres, lascivia y corrupción del cuerpo y del alma. ¿Quién no tiene necesidad de ser

perdonado? ¿Y por alguien que sea más que un hombre, más que todos los hombres, alguien que sea el Dios que ve en lo secreto y que con su amor lo abarca todo y todo lo purifica?

Entonces interviene la Iglesia, depositaria de los dones de Cristo para su pueblo jerarquizado y orgánico y ofrece el memorial de la pasión y muerte del Salvador y el sacramento del perdón. De manera que es un perfecto disparate decir eso de «Cristo, sí; Iglesia, no». El medio normal y ordinario que ha querido tener el Señor de hacerse próximo al pecador, para redimirle y comunicarle el gozo de su perdón, salvadas las comunicaciones especiales del Espíritu que siempre se darán, es la Iglesia de la palabra y los sacramentos la que nos transmite con fidelidad lo que Jesús instituyó.

De no ser por la Iglesia, no hubiera quedado a estas alturas ni el recuerdo de Jesús. Y mucho menos la delicadeza del proceso de conversión de un alma que, al volver sus ojos a Dios, ha de apartarse del pecado, satisfacer por el mal uso de la libertad y vivir posteriormente auxiliado y favorecido por los mil recursos que la Iglesia pone en sus manos para mantenerse saboreando el placer de la amistad con Dios.

Uno de esos recursos, de eficacia grande, es la liturgia. En la Semana Santa, el creyente, el convertido, el simplemente cristiano que no ha renegado de su fe, aunque la tenga adormecida, puede escuchar la llamada de Cristo en la voz de la Iglesia. Porque esto es lo que la Iglesia hace: prestar su voz. Pero es Cristo el que habla.

El Jueves Santo, en la misa de la Cena del Señor, recordamos la institución de la Eucaristía y del Sacerdocio. En todas las misas se recuerda, porque Cristo lo mandó así: «Haced esto en memoria mía.» Pero en ese jueves tan santo el recuerdo llega hasta el momento inicial del mandato, cuando Cristo da su cuerpo y su sangre a los apóstoles.

El viernes, los cristianos reunidos volvemos a recitar con honda emoción el relato de la pasión de Jesucristo, elevamos nuestras súplicas por todos, adoramos la cruz santa en que murió el Hijo del Hombre... y difícilmente puede salir de nuestros templos uno solo que no se pregunte: ¿por qué, por qué todo esto?

La respuesta que la Iglesia invariablemente nos ofrece es ésta: porque Cristo ha venido al mundo a redimir al hombre, a restaurar la relación justa con Dios, a ofrecer el perdón que buscamos y que necesitamos.

Así, siglo tras siglo, y día tras día, la Iglesia camina también con el peso de su cruz y con la fuerza de su amor, ofreciendo a todos hombres en su liturgia y en su magisterio, en la Palabra de Dios que custodia y en los sacramentos que administra, la fuerza de salvación que brotó de la sangre y el agua del costado abierto de Cristo.

Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN

Cardenal arzobispo de Toledo
Prímado de España